

A photograph of a woman from behind, wearing a white tank top and white shorts, walking past a red Prigo ice cream cart. The cart has a large graphic of a Prigo ice cream cone and the brand name 'PRIGO' on it. The background shows an outdoor setting with orange chairs and a corrugated metal roof.

No había que hacer negocios con argentinos

Ariel Halac

Calligraf
Narrativa

No había que hacer negocios con argentinos

Ariel Halac

Edicions Cal·lígraf

Figueres, 2013

Primera edición — marzo 2013

Publicación

Edicions Cal·lígraf, SL
Monturiol, 2, 1º 1ª
17600 Figueres
Tel. (0034) 615 261 764
www.edicionscalligraf.com
info@edicionscalligraf.com

Diseño de la colección

Jaime Vicente

Maquetación

Jaime Vicente

Imagen de cubierta

Quim Arqués

Impresión

Gráficas Díaz Tuduri, S.L.

ISBN

978-84-940494-4-6

Depósito legal

GI-156-2013

© del texto

Ariel Halac

© de la imagen de cubierta

Quim Arqués

© de esta edición

Edicions Cal·lígraf, SL

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático. Las infracciones de estos derechos están sometidas a las sanciones establecidas en las leyes.

Falta de profesionalismo

José Camilo Junior siente que la historia de su fortuna está terminando antes de empezar. En este momento le parece imposible entrar a tiempo a su casa en el 72 de la calle 5 de Hialeah. Pero si logra llegar y resolver dos problemas nunca volverá a fabricar un vestidor de madera. Nunca más tendrá que conformar a alguna clienta gorda y caprichosa del distrito judío de Pinecrest con un “walk in closet”.

Camilo tiene una amante en Aventura: Yamila Stevens, una morena oxigenada que hasta hace poco estaba casada con un petrolero saudita-colombiano. Yamila parece estar dispuesta a darlo todo por José Camilo. Si esto sale bien, Camilo podrá vender su propiedad de Hialeah. Luego se mudará a Aventura con Yamila. Tal vez también tenga que enfrentar a su ex marido, el petrolero saudí. Pero eso ahora no le preocupa.

El *Jeep Cherokee* en el que Junior intenta llegar a su casa de Hialeah está a punto de incendiarse. Cuatro grandes ruedas patonas hacen que se aferre

al asfalto sin derrapar. Aun en una tarde de la más espantosa lluvia tropical de Miami como la de hoy, el jeep va estable. José Camilo espera encontrarse pronto a bordo del felino *Mercedes 92* que el saudita colombiano le obsequió a Yamila. Ella se lo ha prometido. Apenas logre terminar lo que tiene delante, Junior se deshará de este ruinoso jeep.

Camilo decide tomar un atajo para llegar. Ahora enfrenta un par de escollos. El primero es el cadáver de su suegra. El segundo es el detective de la compañía de seguros.

El cadáver ha estado escondido en la casa de José Camilo Junior, en Hialeah, durante dos días. Ya debe haber entrado en descomposición. El lugar debe apestar. Si entra el corredor de seguros se dará cuenta en el acto. Camilo no se arrepiente de haber matado a la suegra. Eso era inevitable. Lo que no tendría que haber hecho es ocultarla ahí. Es que nadie sabía qué hacer con ese cadáver.

A la suegra la han tenido que matar después de una agria discusión. Había un acuerdo familiar y no se respetó. La señora debía reintegrarles el dinero de la herencia manifestado en el testamento de Fabricio Bernardino. Hacer el seguro de vida a nombre del difunto fue una magnífica idea de los tres. Pero la suegra se puso tonta, a último momento se negó. No cedió y el tiempo apremiaba. Tuvieron que tomar una decisión drástica. Había sido un error darle el encargo al venezolano amigo de su hermana. No hubo profesionalismo en el acabado del trabajo. Dejar a la señora muerta pudriéndose en la casa de Hialeah es cosa de

improvisados. Tendrían que haber pensado otra solución: un canal al lado de la Expressway, algún callejón de Homestead o una incineración cerca del casino indio de Kendall West, incluso dejarlo a merced de los cocodrilos en el parque de Everglades hubiera sido mejor idea.

Si Camilo llegara a la casa para deshacerse del cadáver podrido todo podría seguir su curso. Si funcionara lo del seguro de vida la cosa sería fácil. Yamila Stevens obtendría su parte. Su ex mujer podría reclamar lo que le corresponde de herencia.

Pero otra vez la *Cherokee* se ha recalentado. Una llamarada asoma desde el capó. A sólo 100 yardas de su domicilio, la *Cherokee* desfallece. En ese preciso instante un vehículo con patente de Denver se detiene frente a la casa de Hialeah. Ese era el segundo inconveniente a resolver. El detective de la compañía de seguros no debía llegar antes que él.

El detective entrará a la casa. Verá el cadáver de la suegra. La *Cherokee* se incendiará. La historia termina con José Camilo Junior soñando con Yamila Stevens desde la prisión. Si es que no lo ejecutan por homicidio agravado.

